

miento nos ocupa sin descanso y nos eleva á Dios; pues ¿cómo pensar en sus dones y virtudes y en las gracias que brillan en su frente, sin bendecir la inefable bondad del que así la ha cubierto de honor y gloria?

Si el amor nos lleva á pensar en nuestra Niña, entre Ella y nosotros descubrimos un muro de funesta división; éste es el pecado y los defectos que nos hacen desagradables á sus ojos; mas con todo, al otro lado de ese muro María nos habla como tierna Madre, nos da la mano y nos levanta. ¿Quién entonces no hará un esfuerzo para destruir cualquier obstáculo que le impida llegar á la que así nos llama? ¡Oh, con cuánta verdad está escrito de nuestra querida Reina: «Es prudencia consumada tener ocupado el pensamiento en Ella!» (1). Por esto, detengámonos pensando en nuestra amada.

La Purísima Virgen en el templo meditaba sin cesar la ley de Dios; entre todos los divinos preceptos, guardaba con singularísimo cuidado los siguientes: «Amarás al Señor tu Dios de todo corazón. Amarás á tu prójimo como á ti mismo; tendrás odio á tu enemigo.» Levantándose á las altas horas de la noche se dirigía al altar del templo, pidiendo á su amoroso Padre, con humilde y ardiente plegaria, le concediera el perfecto cumplimiento de su ley: amar á Dios de todo corazón; amar al prójimo según el beneplácito divino; aborrecer lo que aborrece Dios; pedirle la humildad y la paciencia, la mansedumbre y la dulzura,

(1) Sap., VI, 16.

y las demás virtudes que la hiciesen agradable á sus ojos; alcanzar el tiempo en que naciera la Madre del Señor, para tener la dicha de contemplar su rostro, alabarla, servirla y adorar en su bendito seno al Unigénito del Padre; demandar la gracia de obediencia á los Pontífices y la conservación del templo y del pueblo del Señor: tales eran los ruegos de María (1). ¡Cuán elevada y llena de virtudes nos la dejan contemplar! Révelanos lo mismo el orden que observaba en sus ocupaciones: oraba desde la mañana hasta llegar la hora de sexta; trabajaba en seguida en los quehaceres propios de su sexo, hasta la nona, volviendo después á la oración, mientras que un ángel traía de comer (2). Y entonces, favorecida con tan singulares gracias, ¿quién puede imaginar hasta dónde levantaba el vuelo de su espíritu? Dios cuidaba así la vida de María, porque Ella se ocupaba solamente en Su Majestad; ¿qué objeto pudiera distraer su pensamiento?

Aun tenemos que permanecer un momento en el recinto sagrado. ¿En dónde está el arca de la alianza? No la hallamos en el segundo templo (3); y era muy conveniente que así fuese. Cuando la luz se presenta, se desvanecen las sombras, y las figuras tienen que ceder su puesto á la verdad; aquella arca era figura de la Santísima Virgen; por esto encerró las tablas de la ley, un vaso de oro lleno de maná y la vara de Aarón,

(1) D. Bon., De Vit. Christ., cap. III.

(2) D. Hieron., ap. D. Bon. cit.

(3) Calmet, Dis. in Lib. Machab.

puesto que la tierna Niña había de florecer por obra del Espíritu Santo, como hermosa y delicada vara, llevando en su inmaculado seno al Legislador de la nueva alianza, que dijo: «Moisés no os dió pan del cielo; mi Padre es quien os da á vosotros el verdadero pan del cielo. Yo soy el pan de vida» (1). Era el arca de madera incorruptible, y estaba revestida, por dentro y fuera, de láminas de oro; en su parte superior estaba el propiciatorio, que cubrían con sus alas dos querubines; de este sitio daba el Señor sus oráculos á los israelitas. En todo lo cual descubrimos la dulce y santa imagen de María, que es inmaculada y pura; hermosa como el oro, resplandeciente de santidad á los ojos del Señor; conducto que hace llegar hasta nosotros las gracias de los cielos; libro del Verbo divino, cuyas sagradas páginas abre el Padre Eterno á todo el mundo, para que en él aprenda la ciencia de la vida (2); Madre Virgen que nos dió á Jesús, de quien está escrito que es la flor del campo y el lirio de los valles (3).

§ II.

María prometió al Señor conservarse siempre virgen: así nos lo dicen las palabras dirigidas por Ella al ángel del Señor, cuando éste le anunció

(1) Joann., VI, 32, 35.

(2) D. Epiph. De laud. B. V.

(3) Cant., II, 1.

la divina encarnación del Hijo de Dios: «¿Cómo sucederá esto, porque yo no conozco varón?» No hubiera hablado en tales términos si no hubiese tenido consagrada al Señor su pureza virginal (1).

La Santísima Virgen ha sido la más perfecta de todas las criaturas; sus acciones brillan con un resplandor celestial que nos encanta y deslumbra: ahora bien: cuando Ella, por medio del voto consagra su virginidad al Señor, la eleva al orden de una virtud superior, la vuelve más perfecta y meritoria, haciéndola entrar en el culto de Dios, que la recibe como el perfume de un sacrificio perfecto.

Es el voto el acto supremo de la libertad; envuelve el desprendimiento más noble y generoso de nosotros mismos, la consagración absoluta de toda la existencia al servicio del Señor. Podemos entonces preguntar á Dios: Señor, ¿qué quieres que haga? (2). Y decir con verdad: Ya no vivo yo, es Jesucristo quien vive en mí (3). Hé aquí sujeta enteramente á Dios la voluntad del hombre: en manos del Señor han quedado todas nuestras acciones, y aun el mismo poder de ejecutarlas (4): con esto, la voluntad se confirma en el bien de una manera permanente; y tal carácter pertenece á la perfección de la virtud (5).

(1) D. Aug. ap. S. Th., 3 p., q. xxviii, a. iv.

(2) Act., IX, 6.

(3) Gal., II, 20.

(4) D. Th., 2, 2, q. lxxxviii, a. vi.

(5) Ubi sup.: Tertio.

Todavía buscamos una santidad más perfecta en el voto de pureza que hizo nuestra amada Niña.

La propagación del pueblo israelita pertenecía, en la ley antigua, al culto del Señor; por esto, en ese tiempo, un voto absoluto de virginidad, no podía tener la perfección que tiene entre nosotros: entonces quedaban las estériles excluidas de la bendición que Dios tenía prometida en los libros santos (1), y privadas de la esperanza que el Mesías naciese de su posteridad (2). Por esto nos parece que la Virgen Santísima, antes de su matrimonio, sólo hizo un voto condicional de virginidad, si ésta fuese la voluntad de Dios; voluntad que le fué manifestada con anterioridad á la visita del ángel Gabriel (3).

Por lo dicho, ¿pudiéramos llamar menos perfecto el voto de la Santa Niña, que el de las vírgenes cristianas? De ninguna manera: la virginidad de María es de orden distinto, y su pureza es tan cándida y hermosa, como incommunicable á ninguna otra criatura: se halla en razón directa de su maternidad divina: «Una Virgen concebirá y dará á luz un hijo» (4).

María no hizo un voto absoluto de virginidad antes de su matrimonio con el gran José, porque

(1) Exo I., xxiii, 26; Deut. vii, 14.

(2) Tirin., in Deut., vii.

(3) D. Th., 3 p., q. xxviii, a. iv. In corp. et ad 1.

(4) Ubi natus est ipse Rex onmium gentium, cœpit dignitas virginalis á Matre Domini. D. Augus., Sermon. li. De concordia Matt. et Luc.

Dios quería recibir como una sola la doble ofrenda que los dos esposos presentarían en el altar sagrado: el suave perfume de ese sacrificio subiría confundido al trono de la eterna Majestad: la hermosa Niña ha de dividir su gloria con José (1), quien, desde su infancia, de la misma manera se consagró al Señor con una promesa que aguardaba únicamente conocer la voluntad del cielo para hacerse irrevocable: tal es, á lo menos, nuestra creencia, inspirada á la luz de la incomparable misión del gran patriarca, y al olor de santidad que exhalan sus nobles y hermosas virtudes.

María y José conocieron la voluntad de Dios, y entonces fué llegado el momento de ceñir sus frentes con blancas y fragantes azucenas, y ofrecerlas en seguida á la gloria del Señor. Entre las glorias principales de las vírgenes, está cantar, allá en el cielo, un himno que llena de alegría y dulzura la mansión dichosa: es María la primera que hace oír tan melodioso canto (2): los serafines suspenden sus salterios de oro, y Dios sonríe de amor. Las vírgenes siguen al Cordero á todas partes: sólo María va delante de Él (3). ¡Cuán digna es, por lo mismo, de todas nuestras bendiciones y alabanzas! Su presencia en el mundo derrama la luz de la pureza, y abre la marcha triunfal de Jesús, divina precursora en todos los caminos del Señor (4).

(1) D. Th., 3 p., q. xxviii, a. iv. In corp. et ad 1.

(2) D. Bern. Hom., II, sup. Miss.

(3) Idem Hom. I, sup. Miss.

(4) D. Th. cit. Ad 2.]

¿Pudiéramos, después de esto, dejar de creer que la Purísima Niña se consagró á Dios con un voto que jamás hubieron oído las bóvedas del templo de Salén? Las hijas de Judá pensaban en la maldición de las estériles, y temblaban espantadas: el matrimonio disipaba sus terrores: entretanto, ¿qué es lo que hace la querida Virgen? ¿Qué eliges, Niña hermosa, las angustias del parto, ó bien la triste reprobación de aquellas que no dan un vástago á la casa de David? ¿Qué página del Antiguo Testamento aconseja ó manda no vivir, teniendo un cuerpo mortal, según las inclinaciones de la carne, ó llevar en la tierra la vida de los ángeles? ¿Acaso habíais leído que la sabiduría de la carne es muerte, que deben ser reprimidos sus deseos? ¿Dónde hallaste que sólo las vírgenes siguen al Cordero, ó en qué parte está el elogio de los que por el reino de los cielos conservan la pureza de su cuerpo? ¿Habíais oído estas palabras: El matrimonio es bueno; la virginidad, mejor? ¡Ah! La unción de Dios derramaba en Ti la ciencia de su Espíritu; la palabra del Padre era vuestro maestro antes de ser vuestro Hijo; y antes también de haberle vestido vuestra carne, Él os cubría con los hermosos resplandores de su luz. Consagras tu virginidad al Verbo del Señor, é ignoras que eres elegida para Madre suya: dejas caer sobre tu frente la maldición de las estériles, y cámbiase ésta en divina y eterna bendición: el Hijo de Dios, encarnando en tu seno, será tu deslumbrante y virginal corona (1).

(1) D. Bern., Hom. III, sup. Miss.

En los umbrales del santuario, del que muy pronto saldrá la hermosa Virgen, digamos una palabra sobre su santo matrimonio. Los intereses del Hijo de Dios, los de María, y también los nuestros, pedían aquel enlace.

La ilegitimidad del Salvador hubiera sido un gran obstáculo á su misión divina: los infieles habrían manchado su frente, hermosa y pura, con nota de infamia y de vergüenza. ¡Ah! El sonrojo no podía corresponder al rostro de Jesús, el más hermoso y santo entre los hijos de los hombres: el corazón no sufre tan triste y negro pensamiento: que caiga sobre todos los hombres esa degradante humillación, antes que contemplar la más ligera nube en ese sol de gloria.

La descripción de la genealogía del Salvador reclamaba asimismo el matrimonio de la Augusta Niña: buscamos siempre en nuestros padres la nobleza de cuna, añadiendo que tal es la costumbre de la Escritura divina, buscar el origen paterno (1).

Al nacer el Hijo de Dios de una joven que no fuera casada, tendría lugar la infamia y vendría la pena sobre la frente de la Madre: no era dable que Dios, ya Hijo suyo, permitiese tales cosas. Cubrirá el matrimonio de María el origen divino del Señor; creerán los hombres que ha venido al mundo como los demás mortales; será José reputado por su padre; mas con todo, sálvase así el pudor inmaculado de la Santa Virgen. ¡Cuánto dice al corazón esta conducta de Jesús! La oculta

(1) D., Amb. In Luc. c. III.

á la malicia, y sale delante á defenderla: Él es su escudo impenetrable, y sabrá embotar los dardos que le asesten sus contrarios; lo hacemos así también nosotros: exponemos la vida si lo exige el honor de nuestra madre; ¿cómo, pues, nos sorprende la conducta de Jesús, que tanto ama á la feliz criatura que lo llevó en su seno?

Hace un instante que contemplamos á la tierna y pura Virgen caminando delante del Cordero: ¿cómo decimos al presente que Jesús es el escudo soberano que viene á defenderla? Tratábase entonces de tesoros y riquezas, honores y alabanzas, de gracias y virtudes: recorríamos el camino de la gloria: en éste, ¿qué hijo no quiere que su madre marche alegre y rica, y deslumbrante de belleza, y sea entre todas la primera que arrebathe el corazón y las miradas de los hombres? Hoy la presentamos en un mundo cubierto de tinieblas; por esto la luz la rodeará por todas partes, é irá siguiendo así la deliciosa y apacible senda en que debe por siempre caminar, sin estorbo ni tropiezo, la Madre del Señor.

Una madre sin esposo, se halla desvalida y sin amparo; ¡cuántas atenciones y cuidados, y necesidades y peligros! Se olvidará de sí misma por amor de su hijo, y tal vez sus débiles fuerzas no alcancen á dar al hijo cuanto necesite: si se siente fatigada en el trabajo, ¿bajo qué techo encontrará descanso? Y en las tristezas que la opriman, ¿quién limpiará el sudor de su abatida frente? ¡Ah! La hiedra crece alegre y muy hermosa junto al olmo.

El matrimonio de la Purísima Niña María nos

presenta acerca de su virginidad un testigo mayor de toda excepción, el cual, á no saber el divino misterio de la Encarnación, habría borrado su injuria (1); mas su esposo la recibe y la tiene consigo como un depósito santo, cual tesoro de inmensa valía: lo ilumina la luz de los cielos, y José puede apenas sostener la profunda impresión de respeto que lleva en el alma cuando piensa en María: baja su frente; sus miradas no quieren encontrarse con las tiernas y santas miradas de esa Niña, á quien llama su esposa: otras veces guarda profundo silencio; pesarosos recuerdos lo embargan; cada día que amanece, el candor y la santa pureza de María derrama más viva y hermosa su espléndida luz, llenando de encanto el alma del feliz esposo.

Por esto, cuando vemos que moran la paz y el contento, y todas las bendiciones del Señor, bajo el humilde techo de José, quien sabe que no es padre, tenemos una prueba de ser nuestra querida Niña la Virgen de Isaías.

Las palabras que María dijo al ángel, reciben con su santo matrimonio más fácil y robusta fe: la fecundidad en los casados es una bendición del cielo. Tu esposa será como una vid fecunda en el recinto de tu casa: alrededor de tu mesa estarán tus hijos como pimpollos de olivos. Tales serán las bendiciones del hombre que teme al Señor (2). Pero veamos á la Purísima y amable Niña: notemos luego, que Ella es Madre; parecerán entonces

(1) D. Amb. in Luc., c. I, sup. illud. In mense sexto.

(2) Ps. CXXVII, 3, 4.

sus palabras, á los incrédulos, un velo transparente que no la oculte á sus calumnias y blasfemias. ¿Cómo los judíos quedarán convencidos de la inocencia y pureza de María? (1). Cuando pensamos esto, y vemos que José da un paso y la cubre con su manto, y la salva de todos los peligros, ¡oh, cuánto amor sentimos hacia él! Bendito seas mil veces, ángel del Señor, tú cuya presencia llena de honor y gloria á nuestra dulce Virgen. ¡Qué dichoso eres, gran Patriarca! La virtud del Altísimo cubrirá la frente de tu Esposa; mas antes Ella ha de vivir á la sombra de tu amparo. Parécenos que José le diría una y otra vez, cual si quisiese consolarla: «No llegará á Ti el mal, ni se acercará el azote á tu morada.» María lo entiende así, porque sabe que Dios ha mandado ese ángel que la cuide y no la desampare en cuantos pasos dé sobre la tierra (2).

El matrimonio de la Santísima Virgen con el Señor San José, simbolizaba la unión de la Iglesia con Jesucristo. Jamás se ha visto sobre la tierra enlace más santo que aquél; ni más estrecha unión que ésta: como la hermosa Niña, la Iglesia es virgen fecunda é inmaculada; como José, el divino Salvador se une á su Esposa con sagrado é indisoluble vínculo (3).

María, cuyo aliento derrama la fragancia de la santidad en todas partes, debía honrar con el suyo el matrimonio de los cristianos. Su inmaculada

(1) D. Ambros. cit.

(2) Ps. XC, 10, 11.

(3) Ad Eph., v, 27. D. Aug., De symb. ad catech., l. IV, c. I.

pureza daba á la virginidad encanto y atractivos casi irresistibles: eran las vírgenes su preciosa y bella herencia (1). ¿Por ventura, la mujer casada no tendría que descansar á la sombra de su manto? ¿Ó María pudiera dejar de conmoverse al contemplar sus penas? ¿Quién le diera entonces la dulzura, la resignación, la ciencia en el gobierno de los hijos? Recordará Nuestra Señora que también fué madre, y dará consuelo á las madres cristianas que vengan á implorarla. Además, ¿quién podrá atreverse á deshonorar la virginidad ó el matrimonio, viendo que una y otro han derramado tantas gracias y bellezas en la frente de María? Los lirios y las rosas tejen su guirnalda (2).

Por último, el matrimonio de la Hija de Joaquín ocultaba á los profanos ojos un misterio santo, cuya revelación haría descender sobre José resplandores de luz y de pureza; aquel hombre, cuyo humilde rostro se oculta en sombras casi impenetrables, pero á quien Dios sabrá glorificar. No hallamos, por lo mismo, un pensamiento más sabio y digno de la providencia del Señor, que el santo desposorio de José y María (3).

¡Oh mi tierna Niña! Cuando me he detenido recordando vuestra vida en el templo del Señor, y después os he visto esposa del más feliz de los mortales, ha experimentado mi alma emociones llenas de encanto: vuestros primeros años pasados entre las calladas sombras del retiro, despiertan

(1) D. Ambros.

(2) D. Th., 3 p., q. XXIX, a. 1., in corp.

(3) D. Bern., Hom. II, sup. Mis.

misteriosos deseos de virtud y santidad que no podemos explicarnos: las lágrimas ruedan en silencio de los ojos; casi sin sentir, exhalamos profundo y lánguido suspiro. ¡Qué alegres y serenos pasaron en el templo vuestros días! ¡Qué dichosa es la sombra del Señor! Y á Vos, ¡cuán bella os descubre nuestro amor! ¡Quién os hubiera robado una mirada, ú oído una de aquellas santísimas palabras que dirigíais á Dios! Después, al dar vuestra mano al esposo que el Señor os destinó, ¿qué pasa en ese corazón tan puro? ¡Oh, qué felicidad es contemplaros, Virgen bella, admirar tu pureza incomparable, y quedar arrebatados de tu amor! Tú eres el verdadero santuario del Eterno; nosotros viviremos á la sombra de tus muros: Tú fuiste la Virgen más pura y santa en la presencia del Señor; por Ti alcanzaremos la pureza: Tú, la Esposa sagrada de José, extenderás sobre nosotros su manto con el tuyo, y á la sombra de los dos seremos salvos.

CAPÍTULO V.

LA ANUNCIACIÓN DE LA SANTÍSIMA VIRGEN.

§ I.



El fundamento de las grandezas de María, la razón de todos sus privilegios y el punto más luminoso de su gloria, es, sin duda, su predestinación á la maternidad divina: hoy venimos á contemplar este misterio.

Antes que el Hijo de Dios encarnara en las entrañas de María, era muy conveniente que el Señor se lo anunciase. Así lo exigía la belleza del orden: que en el alma sin mancha de la santa Niña se derrame primero la luz, y los bellos resplandores de ésta fecunden su seno virginal: ciertamente, así sucederá: la plenitud de gracia que inunda su espíritu, no cabe en su interior; rebosa en sus entrañas y concibe al Hijo del Eterno (1). ¿Quién comprende la grandeza de María, ó mi le la elevación inmensa de sus méritos? Ha subido á una altura inaccesible á todos los demás, y vedla en seguida descender trayendo en sus brazos al Unigénito del Padre. La grandeza del misterio de la divina Encarnación nos revela la conveniencia de su celestial anuncio. ¡Oh hermosa y santa Sión! Adorna tu tálamo y recibe á Jesucristo. Mas ¿por ventura, no estaba la Purísima Niña dignamente preparada para la maternidad divina desde su concepción sin mancha? ¿No era ya desde entonces la ciudad santa que descendía del cielo como una esposa deslumbrante de belleza, y enriquecida con todos los tesoros del Señor? (2). Así era ciertamente; sin embargo, recordemos que Eliezer habló á Rebeca, le regaló brazaletes y pendientes de oro, y cuando le dijeron los padres de la joven: «Allí la tienes, tómala y llévala contigo, y sea esposa del hijo de tu amo», volvió á regalarle alhajas de oro y plata y vestidos de gran precio (3).

(1) D. Th., 3 p., q. xxx, a. 1.

(2) Apoc., XXI, 2.

(3) Gen., XXIV.